

LIBRO VEINTICINCO.

Incómunicacion de Paris con el exterior. — Visitas domiciliarias. — Los sospechosos en las cárceles. — Danton se prepara para el acontecimiento. — Robespierre deja marchar á la revolucion. — Saint-Just y Robespierre. — El 2 de Setiembre. — Degüello en las cárceles. — Los suizos. — El baron de Reding. — Los guardias del rey. — Mr. de Montmorin. — Mr. de Sombreuil y su hija. — Mr. de Cazotte y su hija. — Thierry. — Los señores de Maillé y de Rohan-Chabot. — El jóven Montsabray. — El abate Sicard. — El arzobispo de Arles. — La princesa de Lamballe. — El negro Delorme.

I

Apénas salió Danton del comité secreto del ayuntamiento, cuando la ciudad, advertida por la llamada de las cajas, se detuvo de pronto como una ciudad muerta en la cual una catástrofe repentina hubiese dispersado á todos sus habitantes. Aunque el sol puro del estío iluminaba las copas de los árboles de las Tullerías, del Luxemburgo, de los Campos Elíseos y de los baluartes, los paseos, las plazas y las calles estaban enteramente desiertos. El sordo rodar de los carruajes, señal de la vida de las ciudades y especie de murmullo de las corrientes de hombres, había cesado. No se oía más que el ruido de las puertas y ventanas, que los habitantes cerraban precipitadamente como si se aproximase un enemigo público. Algunas bandas de hombres armados de picas, patrullas de federados y destacamentos de marseleses y de los de Brest cruzaban á paso lento los diferentes cuarteles. Santerre, á la cabeza de un estado mayor compuesto de cuarenta y ocho ayudantes de campo dados por las secciones, visitaba á caballo los puestos. Las barreras estaban cerradas y guardadas por los marseleses; fuera de aquéllas, las secciones formaban un segundo cordon de centinelas.

Toda comunicacion estaba interceptada entre el campo y Paris; la ciudad entera estaba en un calabozo sin comunicacion, y como un preso á quien se le sujetan los brazos, miéntras se le registra para atarlo. El agua estaba tan cautiva como la tierra. Algunas flotillas de botes llenos de hombres armados recorrían sin cesar por medio del Sena, interceptando toda comunicacion entre las dos orillas. Los pretilos de los diques, los arcos de los puentes, los techos de las barcas dispuestas para baños ó para el uso de las lavanderas, estaban erizados de centinelas. De cuándo en cuándo, un tiro disparado desde estos puntos elevados alcanzaba á los fugitivos que buscaban un asilo hasta en las bocas de los sumideros. Muchos trabajadores de los diques fueron muertos al salir de sus barcos ó queriendo entrar en ellos. En cuanto sonó la hora del crimen, todo paso dado por la ciudad era reputado como un delito. Las escuadras de picas detenían á todos los que la casualidad, la imprudencia ó una necesidad imprescindible sacaban de sus casas. Mién-

tras que las calles se evacuaban, en el interior de las casas reinaban la zozobra y el terror: nadie sabía si era inocente ó criminal á los ojos de los visitantes, ni si iba á ser arrancado de su hogar y de los brazos de su mujer y sus hijos.

El no denunciar un arma era motivo de acusacion; el hacerlo era infundir sospechas. Un signo cualquiera de realismo, un uniforme de la guardia del rey, un sello, un boton con armas reales, un retrato, una carta de un amigo ó de un pariente emigrado, dar hospitalidad á un extraño cuya permanencia en la casa no se explicase, todo esto podia ser un título de muerte. La denuncia de un enemigo, de un vecino ó de un criado hacia temblar. Cada uno discurría para sí, para sus huéspedes y para los objetos que queria ocultar de las pesquisas de los visitantes un asilo con el cual no les fué fácil dar por más que buscasen. Los vecinos de Paris se bajaban á los subterráneos, subían á los tejados por los cañones de las chimeneas, agujereaban las paredes y hacían en ellas nichos que despues cubrían con armarios ó cuadros, ó levantaban los pavimentos para esconderse entre las vigas y los tablones como los reptiles más inmundos, á quienes se envidiaba en aquellos apuros.

A los golpes de los comisionados en las puertas de las casas, la respiracion se cortaba. Estos comisionados subían á las casas escoltados por hombres de su seccion, con los sables desnudos, siendo la mayor parte de ellos trabajadores conocedores de todos los escondrijos que se pudieran hacer en las paredes, en los muebles, en las maderas, en las camas, en los colchones, y aún en la piedra. Los cerrajeros, provistos de las herramientas necesarias, abrían las cerraduras, rompían las puertas, agujereaban los techos y descubrían cualquier stratagema de la ternura, de la hospitalidad ó del miedo.

Cinco mil sospechosos fueron arrancados de sus casas ó de sus asilos en el corto espacio de una noche. Se les descubrió hasta en las camas de los enfermos de los hospitales, en donde habían ido á buscar un asilo entre los moribundos ó entre los muertos. La rabia de los sicarios de Danton fué más ingeniosa que el miedo. Entre los presos lo fueron los tres hermanos Samson, los verdugos de Paris, reputados culpables por haber ejercido su infame oficio en la época en que había un trono.

Pocos realistas se salvaron. Paris quedó desocupado de todos los que no habían podido escapar despues del 10 de Agosto.

A la mañana siguiente, el depósito del corregimiento, las secciones, las antiguas cárceles de Paris y los conventos, convertidos en prisiones, rehosaban en presos. Se les interrogaba sumariamente, y se soltó á más de la mitad, víctimas únicamente del error, de la precipitacion y de la oscuridad de la noche. Estos fueron reclamados por sus secciones. El resto fué distribuido á la casualidad en las cárceles de la Abadía de San German, la Conserjería, el Chatelet, la Fuerza, el Luxemburgo, y en los antiguos conventos de Bernardinos, San Fermin y Carmelitas. Las dos grandes sentinas de Paris, Bicetre y la Salitrería, recibieron dentro de sus muros un número considerable de aquellos desgraciados.

Las tres noches siguientes á ésta se emplearon por los comisionados en hacer la eleccion de los presos. La suerte que se les preparaba era conocida hacía mucho tiempo, y su muerte estaba decidida. La seccion Poissonniere los condenó en masa al degüello. La de las Thermas pidió que se ejecutase sin otro juicio que el peli-

gro que su existencia hacía correr á la patria. «Es necesario purgar las cárceles y no dejar traidores detras de nosotros cuando vayamos á las fronteras.» Este era el grito que Marat y Danton hacian dar á las masas. El pueblo necesita que se le formule su ira, y que se le familiarice con su propio crimen.

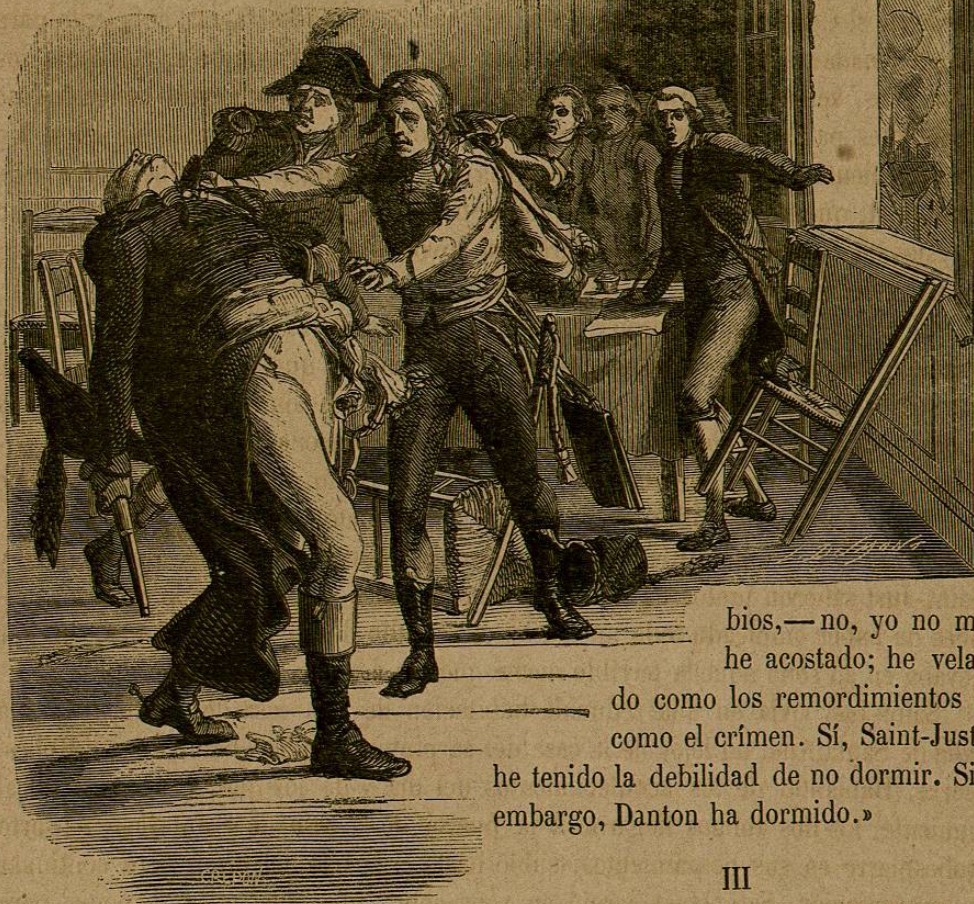
II

Tal era la actitud de Danton el dia anterior á estos crímenes. En cuanto al papel que afectó Robespierre en esta jornada, fué el que tuvo en todas las crisis, así en la cuestion de la guerra como el 20 de Junio y el 10 de Agosto. No obró, pero vituperó, dejando el acontecimiento á sí mismo, y una vez efectuado, lo aceptó como un paso de la revolucion sobre el cual no debia ya hablarse más. No quiso dejar que otros le precediesen en popularidad; se dijo inocente de esta sangre, y sin embargo, la dejó verter. Pero su crédito, inferior al de Danton y al de Marat en el Consejo del ayuntamiento, no le daba entónces fuerza suficiente para impedir nada. Estaba, como Petion, á la sombra. Estos hombres, así como los girondinos, veian transpirar los proyectos de Marat y Danton; pero conociéndose impotentes para evitarlos, aparentaban que no tenian conocimiento de ellos. Un hecho recientemente revelado á la historia por un confidente de Robespierre y de Saint-Just, que ha sobrevivido á aquellos tiempos siniestros, prueba la exactitud de estas conjeturas respecto á la parte que tuvo Robespierre en la ejecucion de las jornadas de Setiembre.

En aquel tiempo, Robespierre y el jóven Saint-Just, el uno ya célebre, y el otro aún desconocido, vivian con la intimidad familiar que une con frecuencia al maestro y al discípulo. Saint-Just, mezclado en todos los acontecimientos de la época, seguia y veia con anticipacion las crisis revolucionarias con la fria impasibilidad de una lógica que vuelve al corazon seco como un sistema y cruel como una abstraccion. La política era á sus ojos un combate á muerte, en que los vencidos eran las víctimas. El 2 de Setiembre á las once de la noche, Robespierre y Saint-Just salieron juntos de los Jacobinos, cansados de cuerpo y de espíritu, despues de haber empleado todo un dia en el tumulto de las deliberaciones, dia que llevaba en su seno aquella terrible noche que iba á dar á luz muy pronto.

Saint-Just vivia en una reducida habitacion de una casa de huéspedes de la calle de Santa Ana, no léjos de la casa del carpintero Duplay, habitada por Robespierre. Hablando de los acontecimientos del dia y de los que se aguardaban al siguiente, los dos amigos llegaron á la puerta de la casa de Saint-Just. Absorto Robespierre en sus pensamientos, subió hasta el cuarto del jóven para continuar la conversacion. Saint-Just arrojó su ropa sobre una silla, y se disponia para dormir. «¿Qué haces?» —le dijo Robespierre. «Acostarme», —respondió Saint-Just. «Qué, ¿piensas dormir en semejante noche?» —respondió Robespierre. «¿No oyes tocar á rebato? ¿No sabes que esta noche será quizá la última para miles de nuestros semejantes que son hombres aún en el momento en que te duermes, y que serán ya cadáveres cuando te despiertes?» «¡Ay!» —respondió Saint-Just. «Ya sé que se degollará tal vez esta noche; lo deploro, y quisiera tener poder pára moderar las convulsiones de una sociedad que lucha entre la libertad y la muerte; pero ¿qué soy yo? Y sobre todo, los que se inmolarán esta noche, ¿no son nuestros enemigos políticos? ¡Adios!» Diciendo esto, se quedó dormido en seguida.

Al dia siguiente al amanecer, cuando Saint-Just se despertó, vió á Robespierre que se paseaba azorado por el cuarto, y que de cuándo en cuándo se asomaba á los cristales de la ventana, mirando la claridad del cielo y escuchando el ruido de las calles. Saint-Just, aturdido de ver á su amigo tan temprano en el mismo sitio, le dijo: «¿Qué te ha traído tan temprano hoy?» «¿Qué me trae?» —respondió aquél. «¿Piensas que he vuelto?» «Pues qué, ¿no te has ido á dormir?» —repuso Saint-Just. «¡Dormir!» —replicó Robespierre. «¡Dormir mientras que centenares de asesinos degüellan á millares de víctimas, y que la sangre pura ó impura corre como el agua en los sumideros! ¡Oh! No, —prosiguió con una voz sombría y con una sonrisa sardónica en los la-



Muerte de Beaurepaire.—Pág. 38.

bios, — no, yo no me he acostado; he velado como los remordimientos ó como el crimen. Sí, Saint-Just, he tenido la debilidad de no dormir. Sin embargo, Danton ha dormido.»

III

Las noticias desastrosas de las fronteras, los alistamientos patrióticos en los tablados levantados al intento en las principales encrucijadas de Paris, los pasos de los voluntarios á són de caja y al compas de la *Marsellesa* y del *Ca ira*, la bandera negra, signo de una guerra fúnebre, desplegada en la casa de la ciudad y en la torre de la catedral; los periódicos de Marat y de Hebert escritos con sangre, los carteles fijados con exclamaciones anónimas que hacian hablar á las paredes, agrupando al pueblo para oírlos leer en reuniones tumultuosas; la campana tocando en las torres y agitando la pulsacion de una ciudad inmensa; en fin, el

cañonazo de alarma disparado de hora en hora, todo esto estaba calculado para excitar la fiebre en la ciudad. Este plan de degüello estaba combinado como un plan de campaña. Hasta las eventualidades estaban previstas y concertadas de antemano.

El domingo 2 de Setiembre, á las tres de la tarde, hora en que todo el pueblo concluye de comer y llena las calles para dar un paseo en aquel día de descanso, se dió la señal de degüello, como por uno de esos accidentes producidos por la casualidad.

Cinco coches con seis sacerdotes cada uno se dirigian desde el depósito de la casa de la ciudad á la cárcel de la Abadía por el Puente Nuevo y por la calle de Buci, sitios tumultuosos y temibles. Al tercer cañonazo de alarma, estos carruajes se pusieron en marcha. Una débil escolta de aviñoneses y de marseleses armados de sables y de picas les acompañaba. Las portezuelas de estos coches estaban abiertas, para que la multitud percibiese en el interior los trajes que le eran más odiosos. Una porcion de muchachos, de mujeres y de hombres del populacho seguian é insultaban á aquellos sacerdotes. Los hombres de la escolta se asociaban á las injurias, á las amenazas y á los ultrajes de aquella chusma. «¡Mirad!—decian á la multitud señalando con las puntas de los sables á los prisioneros.—¡Ved aquí á los cómplices de los prusianos! ¡Mirad á los que os degollarían si los dejáseis vivir suficiente tiempo para engañaros!»

El motin iba engrosando á cada paso, y al atravesar la calle Dauphine, fué rechazado por otros grupos que obstruian la encrucijada de Buci, en donde los dependientes del ayuntamiento sentaban los nombres de los voluntarios á cielo descubierto. Entónces los coches se detienen; un hombre atraviesa por medio de la escolta, que le deja pasar sin oposicion, sube al estribo del primer coche, y clava por dos veces la hoja de su sable en el cuerpo de uno de los sacerdotes, la retira humeando, y la muestra enrojecida de sangre al pueblo. Este lanza un grito de horror y se aleja de aquel sitio. «¡Esto os da miedo, cobardes! — dijo el asesino con desdeñosa sonrisa.—Es menester familiarizaros con la muerte.» Al decir estas palabras, empieza de nuevo á hundir el sable en los cuerpos de los sacerdotes que iban dentro del coche. Uno de estos sacerdotes quedó atravesado de parte á parte, otro con la cara desfigurada á cuchilladas, y el tercero perdió una mano por haberse cubierto el rostro con ella. El abate Sicard, el caritativo institutor de los sordomudos, halló una muralla de salvacion en los cuerpos de sus compañeros heridos, y los coches volvieron á seguir lentamente su marcha. El asesino pasa desde aquel coche á otro, y agarrándose con una mano al pestillo de la portezuela, hiere con la otra á ciegas á todos los que su arma puede alcanzar. Los asesinos de Aviñon, mezclados con la escolta, rivalizan con aquel furioso, y hunden sus bayonetas dentro de los coches. Las puntas de las picas vueltas hácia las portezuelas, impiden la salida de los coches á los sacerdotes que quieren arrojarlos de ellos. La larga fila de estos coches rodando lentamente y dejando una huella de sangre, los gritos, los esfuerzos desesperados de los sacerdotes, los aullidos de rabia de los verdugos, las risotadas y los aplausos del populacho, anunciaron de léjos á los presos de la Abadía la aproximacion del convoy. La impaciencia de los sicarios no esperó que las víctimas llegasen al lugar del suplicio. La mayor parte perecieron en el camino.

La comitiva se detuvo en la plaza á la puerta de la Abadía. Los soldados de

la escolta sacaron por los piés ocho cadáveres de los coches. Los sacerdotes que escaparon con vida de los sables, y que sólo estaban heridos, se precipitaron en la cárcel, pero cuatro de ellos fueron cogidos en el rastrillo del cuerpo de guardia, y degollados allí mismo. Algunos que no pudieron entrar tan pronto por la puerta, se metieron por una ventana que daba á la pieza en que el comité de la seccion celebraba sus sesiones. Los individuos que le componian, que eran extraños al degüello, ocultaron estas víctimas al furor de los asesinos, haciéndolos sentar entre ellos. El periodista Pariseau y el intendente de la casa del rey, Lachapelle, debieron la vida á la presencia de espíritu y á las atrevidas mentiras de los miembros de este comité.

IV

Entre tanto, los presos hacinados en la Abadía oian desde sus calabozos este prelude de asesinatos á las puertas del edificio. Desde por la mañana, el aspecto sombrío, y las palabras misteriosas de sus carceleros les habian presagiado una noche siniestra. Por órden del ayuntamiento, se habia adelantado en este dia la hora de la comida. Los detenidos se preguntaron unos á otros cuál podia ser la causa de este cambio en el régimen interior. ¿Sería acaso para una traslacion, ó para marchar á un destierro al otro lado de los mares? Unos esperaban, otros estaban temblando, pero todos se hallaban en la mayor agitacion. Desde las rejas de las ventanas de una torrecilla que da á la calle de Santa Margarita, algunos de ellos descubrieron los carruajes y oyeron los alaridos de las víctimas. En seguida corrió la voz de que habian sido inmolados todos los eclesiásticos. El murmullo de una multitud inmensa que habia invadido el patio y que se apiñaba en las calles inmediatas llegó tambien á sus oidos por las ventanas y por las espilleras. El ruido de los coches, el paso de los caballos, el choque de los sables, el vocerío confuso que se suspendia por un momento y volvia á resonar despues por intervalos en un prolongado grito de *Viva la nacion!*, todas estas cosas les dejaron por un instante inciertos sobre si el tumulto tenia por objeto inmolarlos ó defenderlos. A los pocos minutos se les dió órden de entrar cada uno en su aposento, como para pasarles lista.

Hé aquí el espectáculo que se les queria ocultar. El último calabozo, que daba al patio, habia sido transformado en tribunal; alrededor de una mesa cubierta de papeles, de tinteros, de libros de registro de la cárcel, de vasos, de botellas, de pistolas, de sables y de pipas, estaban sentados en unos bancos doce jueces de aspecto sucio y de formas atléticas, con todas las trazas de unos hombres salidos de presidio ó acostumbrados á la desolacion y al derramamiento de sangre. Su traje era el de las clases trabajadoras del pueblo: gorro de lana en la cabeza, chaqueta, zapatos claveteados y delantales de tela como los de los carniceros. Algunos de ellos se habian quitado las chaquetas, y con las mangas de la camisa arremangadas, dejaban ver unos brazos fornidos, y en ellos dibujados con sangre y un alfiler los símbolos de distintos oficios. Dos ó tres de ellos, de formas más delicadas, de manos más blancas y de rostros más expresivos, manifestaban ser otra clase de hombres, mezclados á propósito entre éstos para dirigirlos. Un hombre vestido de pardo, con un sable al lado, con la pluma en la mano, y de una fisonomía inflexible y como petrificada, estaba sentado en el centro de la mesa presidiendo este tribunal. Este era el ujier Maillard, ídolo de las reuniones del arrabal



MAILLARD.